

TRES POEMAS DEL ENCIERRO

Juan Martínez-Miguel

Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Nacional Autónoma de México

1

Vivo en una ciudad puesta en entredicho,
y hasta las cofradías burócratas,
con todos sus asépticos popes de lo mediocre,
sus costumbres inocuas,
tan sosas como el papel higiénico
o los pasillos de un multifamiliar viejo,
se abstienen incluso
de sus peregrinaciones en pos,
—¿qué voy a saber yo de qué?—
del Santísimo Presupuesto
o alguna otra de sus patrañas endiosadas.

Calcina más el viernes que la primavera,
y la luz blanca es una piedra mísera
enclavada en las fronteras de dos dientes,
y su sabor mineral
con todo y remordiente crujir óseo,

Juan Martínez-Miguel

queda como un dolor sordo en la quijada,
un taladrar apenas advertido
que se confunde, incluso, con pura quimera,
en las terminaciones nerviosas
invisibles entre el tráfago de carne quejosa.

El mediodía es la hora de los zopilotes,
que deben estar pastando sobre otra muerte,
una que más pese,
que tenga una realidad más dura,
un ente más sólido en calidad y consistencia,
que este penar inaudito y risible
de soledades, sombra y fastidio
alambicados hasta su última pureza,
hasta un brillo como de diamante pulido
y una sedosidad de alcohol en la garganta.

Muerden los pesares ridículos,
dejan su huella de colmillos menores,
como los de una araña rinconera,
y la carne, impávida, hace su roncha
y continúa con su vida.

Tres poemas del encierro

¿Adónde quejarse
—sin risas de por medio—
de este dolor ridículo
que exige su grito y llanto?

2

¿Cuál de todos tus parientes muertos
fue el cantero, cuál el alarife,
y cuál de todos el que decidió,
en un arrebató sanguíneo y visceral,
como tantas de esas decisiones,
asentarse aquí,
en este borde de la tierra,
como un niño balanceando los pies
que horadan,
infinitesimales,
constantes,
la piedra que lo sustenta?

Siéntate como el niño,
como el pariente muerto;
separa con tu silueta
lo que separó el Génesis:
las aguas de las dos bóvedas
y en medio la tierra seca.

Juan Martínez-Miguel

3

Virgilio no anda por estos lares
y su sombra está lejana.

Las aguas son mansas de cansancio
y se pintan de aceite y hollín,
lo mismo que los árboles endebles
y las cintas polvorientas de la calzada.

Algún ave, color de asfalto,
busca refugio bajo el puente:
si pudiera escribir,
más que églogas,
haría sólo molestos epigramas.